

LA NUEVA DERECHA Y EL VIEJO DETERMINISMO

LA NUEVA DERECHA Y EL VIEJO DETERMINISMO BIOLÓGICO

El principio de la década de los ochenta estuvo marcado, en Gran Bretaña y Estados Unidos, por la llegada al poder de nuevos gobiernos conservadores. El conservadurismo de Margaret Thatcher y Ronald Reagan significa de muy diferentes maneras una ruptura decisiva en el consenso político del conservadurismo liberal que ha caracterizado a los gobiernos de ambos países durante los veinte años previos o más. Es la expresión de una ideología¹ conservadora reciente, coherente y explícita, frecuentemente descrita como la Nueva Derecha.²

1. Deberíamos aclarar que aquí y a lo largo de este libro damos al término *ideología* un significado preciso. Las ideologías son las ideas dominantes de una sociedad particular en un momento determinado. Son ideas que expresan la «naturalidad» de cualquier orden social existente y que ayudan a mantenerlo: «Las ideas de la clase dominante son en cada época las ideas dominantes. Es decir, la clase que constituye la fuerza material dominante en la sociedad es, al mismo tiempo, su fuerza intelectual dominante. La clase que tiene los medios de producción material a su disposición tiene al mismo tiempo el control de los medios de producción mental, de modo que, hablando en general, las ideas de aquellos que carecen de los medios de producción mental están sujetos a ella. Las ideas dominantes no son más que la expresión ideal de las relaciones materiales dominantes» (K. Marx y F. Engels, *The German Ideology*, 1846, cap. I, parte 3, artículo 30. Reeditado en International Publishers, Nueva York, 1974. Hay traducción castellana: *La ideología alemana*, Grijalbo, Barcelona, 1974^s.)

2. Para un debate sobre la ideología de la Nueva Derecha, véase,

La ideología de la Nueva Derecha se ha desarrollado en Europa y Norteamérica en respuesta a las crisis social y económica de la década pasada. Fuera de estas zonas, en África, Asia y Latinoamérica, ha habido luchas contra las fuerzas naciona-listas determinadas a deshacerse del yugo de la explotación política y económica y del colonialismo. En cambio, en Gran Bretaña y Estados Unidos ha habido un creciente desempleo y un relativo decaimiento económico y se ha producido el surgi-miento de nuevos y turbulentos movimientos sociales. En los años sesenta y principios de los setenta, Europa y Norteaméri-ca experimentaron un auge de nuevos movimientos, algunos de ellos bastante revolucionarios: luchas de los trabajadores contra las meritocráticas élites dominantes, de los negros contra el racismo blanco, de las mujeres contra el patriarcado, de los estudiantes contra el autoritarismo educacional, de los clientes del bienestar contra los burócratas del bienestar. La Nueva Derecha critica la respuesta liberal a estos desafíos de las décadas anteriores, el constante incremento de la interven-ción estatal y el desarrollo de grandes instituciones, que han producido una pérdida del control de los individuos sobre sus propias vidas y, por lo tanto, una erosión de los tradicionales valores de autoconfianza que la Nueva Derecha considera ca-racterística de la economía victoriana del *laissez faire*. Este movimiento se ha visto fortalecido, a finales de los años seten-ta y en los ochenta, por el hecho de que el liberalismo ha caído en un autoconfesado desorden, dejando relativamente abierto a la Nueva Derecha el campo de batalla ideológico.

El consenso liberal ha dado siempre la misma respuesta a los desafíos a sus instituciones: un aumento de los programas

por ejemplo, P. Green, *The Pursuit of Inequality*, Pantheon Books, Nueva York, 1981; P. Steinfels, *The Neo-Conservatives*, Simon & Schuster, Nueva York, 1979, para Estados Unidos; para el Reino Uni-do y el thatcherismo, M. Barker, *The New Racism*, Junction Books, Londres, 1981, y la colección de artículos en *Marxism Today* de M. Jacques (octubre de 1979), pp. 6-14; S. Hall (febrero de 1980), pp. 26-28; I. Gough (julio de 1980), pp. 7-12. (Hay traducción castellana: Paul M. Sweezy, etc., *Marxismo hoy*, Ed. Revolución, Madrid, 1983.)

intervencionistas para la mejora social, de los proyectos de educación, de construcción de viviendas y de renovación del centro de la ciudad. En contraste, la Nueva Derecha define la medicina liberal como un agravante de estos males, al erosionar progresivamente los valores «naturales» que han caracterizado a una fase anterior de la sociedad industrial capitalista. En palabras del teórico conservador Robert Nisbet, es una reacción contra la actual «erosión de la autoridad tradicional en las relaciones familiares, en la localidad, la cultura, la lengua, la escuela y otros elementos del tejido social».³

Pero la ideología de la Nueva Derecha trasciende el mero conservadurismo y efectúa una ruptura decisiva con el concepto de una sociedad orgánica cuyos miembros tienen responsabilidades recíprocas. En la base de su *cri de coeur* acerca del crecimiento del poder estatal y de la decadencia de la autoridad —e incluso en la base del monetarismo de Milton Friedman— hay una tradición filosófica de individualismo que hace hincapié en la prioridad del individuo sobre la colectividad. Se considera que esta prioridad tiene un aspecto moral, en el que los derechos de los individuos tienen absoluta prioridad sobre los de la colectividad —como, por ejemplo, el derecho a destruir bosques mediante una tala masiva para sacar el máximo beneficio inmediato—, y un aspecto ontológico, en el que la colectividad no es más que la suma de los individuos que la componen. Y las raíces de este individualismo metodológico descansan en una visión de la naturaleza humana que este libro tiene como propósito primordial cuestionar.

Filosóficamente, esta visión de la naturaleza humana es muy antigua; se remonta a la aparición de la sociedad burguesa en el siglo XVII y a la visión de Hobbes de la existencia humana como una *bellum omnium contra omnes*, una guerra de todos contra todos, que conduce a un estado de relaciones humanas de competitividad, desconfianza mutua y deseo de gloria. Para Hobbes, de esto se deducía que el objetivo de la organización social era sencillamente el de regular estas ca-

3. R. Nisbet, citado en Jacques, art. cit.

racterísticas inevitables de la condición humana.⁴ Y la visión de Jobbes de la condición humana se derivaba de su comprensión de la biología humana: era la inevitabilidad biológica lo que convertía a los humanos en lo que eran. Tal creencia enmarca las posturas filosóficas gemelas a las que se refiere este libro y a las que volveremos en las páginas siguientes una y otra vez.

La primera es el *reduccionismo*, nombre dado a un conjunto de métodos y modos de explicación generales del mundo de los objetos y de las sociedades humanas. En sentido amplio, los reduccionistas intentan explicar las propiedades de conjuntos complejos —caso de las moléculas o las sociedades, por ejemplo— en términos de las unidades de que están compuestas estas moléculas o sociedades. Ellos aducirían, por ejemplo, que las propiedades de una molécula proteica podrían ser determinadas y pronosticadas únicamente en términos de las propiedades de los electrones, protones, etc., de que están compuestos sus átomos. También sostendrían que las propiedades de una sociedad humana son de igual modo la suma de los comportamientos y tendencias individuales de los seres humanos de que se compone esa sociedad. Las sociedades son «agresivas», por ejemplo, porque los individuos que las componen son «agresivos». Dicho en lenguaje formal, el reduccionismo sostiene que las unidades que componen un conjunto son ontológicamente previas al conjunto que componen esas unidades. Es decir, las unidades y sus propiedades existen *antes* que el conjunto y hay una cadena de causalidad que va de las unidades al conjunto.⁵

4. A. Ryan, «The Nature of Human Nature in Hobbes and Rousseau», en *The Limits of Human Nature*, J. Bentham ed., Allen Lane, Londres, 1973, pp. 3-20.

5. Para una defensa vigorosa del reduccionismo en la biología y la psicología, véase, por ejemplo, M. Bunge, *The Mind Body Problem*, Pergamon, Oxford, 1981 (hay traducción castellana: *El problema mente-cerebro*, Tecnos, Madrid, 2002); M. Boden, *Purposive Explanation in Psychology*, Harvard University Press, Cambridge, Mass., 1972; E. Wilson, *The Mental as Physical*, Routledge & Kegan Paul, Londres, 1979; F. Crick, *Life Itself*, Macdonald, Londres, 1982; J. Monod,

La segunda postura está relacionada con la primera, pues, en efecto, es en algunos sentidos un caso especial de reduccionismo. Es la postura del *determinismo biológico*. Esencialmente, los deterministas biológicos se preguntan: ¿Por qué son los individuos como son? ¿Por qué hacen lo que hacen? Y responden que las vidas y las acciones humanas son consecuencias inevitables de las propiedades bioquímicas de las células que constituyen al individuo, y que estas características están a su vez determinadas únicamente por los constituyentes de los genes que posee cada individuo. Por último, todo comportamiento humano —y, en consecuencia, toda la sociedad humana— está regido por una cadena de determinantes que van del gen al individuo y, de éste, a la suma de los comportamientos de todos los individuos. Los deterministas afirmarían, pues, que la naturaleza humana está determinada por nuestros genes. Una buena sociedad es, o bien una sociedad acorde con la naturaleza humana, a cuyas características fundamentales de desigualdad y competitividad la ideología reclama acceso privilegiado, o bien es una utopía inasequible a causa de la insuperable contradicción de la naturaleza humana con una noción arbitraria del bien que no haga referencia a los factores de la naturaleza física. Las causas de los fenómenos sociales se hallan pues en la biología de los actores individuales en una escena social, como cuando se nos informa que la causa de los disturbios juveniles en muchas ciudades británicas en 1981 debe buscarse en «una pobreza en las aspiraciones y expectativas creada por la familia, la escuela, el medio ambiente y la herencia genética».⁶

Es más, la biología, o la «herencia genética», es siempre invocada como una expresión de la inevitabilidad: lo que es biológico lo es por naturaleza y es demostrado por la ciencia.

Chance and Necessity, Cape, Londres, 1972 (hay traducción castellana: *El azar y la necesidad. Ensayo sobre la filosofía natural de la biología moderna*, Barral, Barcelona, 1972); y S. Lucia; *Life: The Unfinished Experiment*, Souvenir Press, Londres, 1976. (Hay traducción castellana: *La vida, experimento inacabado*, Alianza, Madrid, 1975.)

6. *The Guardian*, Londres (14-7-1981).

No puede haber ninguna discusión con la biología, porque es inmodificable. Esta posición queda claramente ejemplificada en una entrevista sobre el tema de las madres trabajadoras concedida a la televisión en 1980 por el ministro británico de Servicios Sociales, Patrick Jenkin:

Honestamente, no creo que las madres tengan el mismo derecho que los padres. Si el Señor hubiese deseado que tuviéramos iguales derechos para ir al trabajo, no habría creado a hombres y mujeres. Estos son hechos biológicos, los niños dependen de sus madres.

El uso de la doble legitimación de la ciencia y de Dios es un rasgo extraño, pero no inusual, de la ideología de la Nueva Derecha: es la pretensión de tener una línea directa con las fuentes de autoridad más profundas sobre la naturaleza humana.

Los enunciados reduccionistas y deterministas biológicos que analizaremos y criticaremos en las páginas de este libro son:

- Los fenómenos sociales son la suma de los comportamientos de los *individuos*.
- Estos comportamientos pueden ser tratados como objetos, es decir, *reificados* en propiedades localizadas en el cerebro de individuos particulares.
- Las propiedades reificadas pueden ser medidas con algún tipo de escala de modo que los individuos pueden ser clasificados según la cantidad que de ellas poseen.
- Pueden establecerse pautas para las propiedades de la población: las desviaciones de la norma por parte de cualquier individuo son anomalías que pueden denotar problemas médicos por los que el individuo debe ser tratado.
- Las propiedades reificadas y tratadas médicaamente son *causadas* por acontecimientos en el cerebro de los individuos, que son anatómicamente localizables y están asociados a modificaciones en la cantidad de determinadas sustancias bioquímicas.
- Las modificaciones en la concentración de estas sustancias bioquímicas pueden dividirse en genéticas y am-

bientales; por lo tanto, puede medirse el «grado de herencia» o *heredabilidad* de las diferencias.

- El tratamiento para cantidades anormales de propiedades reificadas puede tener por objeto eliminar genes no deseados (eugenésia, ingeniería genética, etc.) o bien encontrar drogas específicas («balas mágicas») para rectificar las anormalidades bioquímicas o para suprimir o estimular regiones particulares del cerebro a fin de eliminar la localización del comportamiento no deseado. Alguna mención se hace a veces a una intervención ambiental suplementaria, pero la principal prescripción es «biologizada».

Científicos en activo pueden creer, o dirigir experimentos, en una o más de estas proposiciones sin sentirse deterministas hechos y derechos en el sentido en que aquí usamos el término. Sin embargo, la adhesión a esta aproximación analítica general es típica de la metodología determinista.

El determinismo biológico (*biologismo*) ha sido un poderoso medio para explicar las desigualdades de estatus, riqueza y poder observadas en las sociedades capitalistas industriales contemporáneas y definir los «universales» humanos de comportamiento como características naturales de estas sociedades. Como tal, ha sido acogido con agradecimiento como legitimador político por la Nueva Derecha, que encuentra su panacea social tan claramente reflejada en la naturaleza; porque si estas desigualdades son determinadas biológicamente, entonces son inevitables e inmutables. Más aún, el intento de remediarlas por medios sociales, como prescriben liberales, reformistas y revolucionarios, es «ir contra la naturaleza». El racismo, nos dice el Frente Nacional Británico, es un producto de nuestros «genes egoístas».7 Tampoco estos dictámenes políticos son privativos de los ideólogos: una y otra vez, a pesar de su proclamada creencia de que su ciencia está «por encima de la simple política humana» —por citar al sociobiólogo

7. Afirmado en dos artículos por el teórico del Frente Nacional R. Verrall en *The New Nation*, n.ºs 1 y 2 (verano y otoño 1980).

go de Oxford Richard Dawkins—⁸ los deterministas biológicos pronuncian juicios sociales y políticos. Baste un ejemplo por ahora: el mismo Dawkins, en su libro *The Selfish Gene*, que se supone que es un trabajo sobre la base genética de la evolución y que es utilizado como libro de texto en los cursos universitarios norteamericanos sobre la evolución de la conducta, critica al «antinatural» estado benefactor en el que

hemos abolido la familia como unidad de autosuficiencia económica y sustituido al Estado. Pero no se debería abusar del privilegio del apoyo garantizado a los niños ... Los individuos que tienen más hijos de los que son capaces de criar son, en la mayoría de los casos, probablemente demasiado ignorantes como para ser acusados de explotación malévolamente consciente. Menos libres de sospecha me parecen las poderosas instituciones y los líderes que deliberadamente los animan a hacerlo.⁹

La cuestión no es solamente que los deterministas biológicos sean a menudo unos filósofos políticos y sociales un tanto ingenuos. Una de las consideraciones con las que debemos luchar a brazo partido es que, a pesar de su frecuente pretensión de ser neutral y objetiva, la ciencia no está ni puede estar por encima de la «simple» política humana. La compleja interacción entre la evolución de la teoría científica y la evolución del orden social significa que, muy a menudo, las formas en que la investigación científica formula sus preguntas sobre los mundos humano y natural que se propone explicar están llenas de prejuicios sociales, culturales y políticos.¹⁰

8. R. Dawkins, defendiéndose a sí mismo y a la sociobiología contra la acusación de dar soporte a las ideologías racista y fascista, en *Nature*, 289 (1981), p. 528.

9. R. Dawkins, *The Selfish Gene*, Oxford University Press, Oxford, 1976, p. 126. (Hay traducción castellana: *El gen egoísta*, Labor, Barcelona, 1979.)

10. Para este exasperado tópico, véase, por ejemplo, H. Rose y S. Rose, eds., *The Political Economy of Science*, Macmillan, Londres, 1976, y *The Radicalisation of Science*, Macmillan, Londres, 1976.

Nuestro libro tiene un doble cometido: primero, ofrecer una explicación de los orígenes y las funciones sociales del determinismo biológico en general —tarea de los próximos dos capítulos— y, segundo, efectuar un examen y una exposición sistemáticos de la vacuidad de sus pretensiones en cuanto a la relación de la naturaleza y los límites de la sociedad humana respecto a la igualdad, la clase, la raza, el sexo y el «desorden mental». Ilustraremos esto a través de un estudio de temas específicos: la teoría del cociente intelectual (CI), la supuesta base de las diferencias en «habilidad» entre sexos y razas, el tratamiento médico de la protesta política y, finalmente, la estrategia conceptual global de la explicación evolutiva y adaptacionista ofrecida por la sociobiología en sus formas actuales. Por encima de todo, esto presupone un examen de las pretensiones del determinismo biológico respecto a la «naturaleza de la naturaleza humana».

Al examinar estas pretensiones y al exponer los hallazgos pseudocientíficos, ideológicos y, con frecuencia, metodológicamente inadecuados del determinismo biológico, es importante, para nosotros y para nuestros lectores, poner en claro nuestra propia posición.

Los críticos del determinismo biológico han llamado frecuentemente la atención sobre el papel ideológico desempeñado por las conclusiones aparentemente científicas acerca de la condición humana que parecen desprenderse del determinismo biológico. El hecho de que los deterministas biológicos, a pesar de sus pretensiones, estén comprometidos en la enunciación de afirmaciones políticas y morales sobre la sociedad humana y de que sus escritos sean empleados como legitimadores ideológicos no dice nada, por sí mismo, sobre los méritos científicos de sus afirmaciones.¹¹ A menudo se acusa a los críticos del determinismo biológico de estar simplemente en desacuerdo con sus conclusiones políticas. No dudamos en reconocer que no nos gustan estas conclusiones; cree-

11. Science for the People, *Biology as a Social Weapon*, Burgess, Minneapolis Minn., 1977. (Hay traducción castellana: *La biología como arma social*, Alhambra, Madrid, 1982.)

mos que es posible crear una sociedad mejor que aquella en que vivimos en la actualidad; que las desigualdades de riqueza, poder y estatus no son «naturales», sino obstáculos impuestos socialmente a la construcción de una sociedad en la que el potencial creativo de todos sus ciudadanos sea empleado en beneficio de todos.

Entendemos que los vínculos entre los valores y el conocimiento son parte integrante de la actividad científica en esta sociedad, mientras que los deterministas tienden a negar que existan tales vínculos o pretenden que, si existen, son patologías excepcionales que deben ser eliminadas. Para nosotros, tal aseveración sobre la escisión entre el hecho y el valor, la práctica y la teoría y la «ciencia» y la «sociedad» forma parte en sí misma de la fragmentación del conocimiento que defiende el pensamiento reduccionista y que ha formado parte de la mitología del último siglo de «avance científico» (véanse capítulos 3 y 4). Sin embargo, el menor de nuestros propósitos aquí es criticar las implicaciones sociales del determinismo biológico, como si sus amplias pretensiones pudieran sostenerse. Nuestro principal objetivo es más bien mostrar que el mundo no debe ser comprendido como el determinismo biológico pretende y que, como modo de explicar el mundo, el determinismo biológico es básicamente defectuoso.

Adviértase que decimos «el mundo», pues otro malentendido es que la crítica del determinismo biológico es aplicable sólo a sus conclusiones sobre las sociedades humanas, mientras que lo que dice sobre los animales no humanos es más o menos válido. Este punto de vista es expresado frecuentemente —por ejemplo, en el libro de E. O. Wilson *Sociobiology: The New Synthesis*,¹² que discutimos extensamente en el capítulo 9. Sus críticos liberales consideran que el problema de *Sociobiología* se localiza exclusivamente en el primer capítulo y en el último, donde el autor trata la sociobiología humana; lo que hay en medio es cierto. Bajo nuestro punto de

12. E. O. Wilson, *Sociobiology: The New Synthesis*, Harvard University Press, Cambridge, Mass., 1975. (Hay traducción castellana: *Sociobiología: La nueva síntesis*, Omega, Barcelona, 1980.)

vista, no es así; lo que el determinismo biológico tiene que decir sobre la sociedad humana es más erróneo que lo que dice acerca de otros aspectos de la biología porque sus simplificaciones y declaraciones erróneas son de mayor peso. Pero esto no sucede porque haya desarrollado una teoría sólo aplicable a animales no humanos; el método y la teoría son esencialmente defectuosos, tanto si se aplican a los Estados Unidos o a la Gran Bretaña de hoy, como a una población de mandriles de la sabana o a los peces de pelea siameses.

No hay ningún abismo místico ni insuperable entre las fuerzas que conforman la sociedad humana y aquellas que conforman las sociedades de otros organismos; la biología es ciertamente relevante en la condición humana, aunque la forma y alcance de su relevancia es mucho menos evidente de lo que implican las pretensiones del determinismo biológico. La antítesis presentada con frecuencia en oposición al determinismo biológico es que la biología se detiene en el nacimiento y que a partir de entonces la cultura se impone. Esta antítesis es un tipo de determinismo cultural que rechazaríamos, porque los deterministas culturales identifican en la sociedad estrechos (y exclusivos) vínculos causales que son, a su manera, también reducciónistas. La humanidad no puede ser desvinculada de su propia biología, pero tampoco está encadenada a ella.

Realmente, uno puede ver en algunos de los reclamos del determinismo biológico y de los escritos de la Nueva Derecha una reafirmación de lo «obvio» contra el total rechazo de la biología que ha caracterizado a algunos de los escritos y esperanzas utópicos de los movimientos revolucionarios de la década pasada. La Nueva Izquierda británica y estadounidense posterior a 1968 ha mostrado una tendencia a considerar la naturaleza humana como casi infinitamente plástica, a negar la biología y a reconocer únicamente la construcción social. El desamparo de la infancia, el dolor existencial de la locura, las debilidades de la vejez, todo fue transmutado a meras etiquetas que reflejaban las desigualdades en el poder.¹³ Pero

13. Por ejemplo, «antipsiquiatras» como T. Szasz en *The Manufacture of Madness*, Routledge Kegan Paul, Londres, 1971 (hay tra-

esta negación de la biología es tan contraria a la verdadera experiencia vivida que ha hecho a la gente más vulnerable ideológicamente al llamamiento al «sentido común» del determinismo biológico reemergente. En efecto, en el capítulo 3 defendemos que tal determinismo cultural, al ofuscar el conocimiento real de la complejidad del mundo en que vivimos, puede ser tan opresivo como el determinismo biológico. No ofrecemos en este libro un borrador o un catálogo de certezas; nuestra tarea, tal como la vemos, es señalar el camino hacia una comprensión integral de las relaciones entre lo biológico y lo social.

Describimos tal comprensión como dialéctica, en contraste con la interpretación reduccionista. La explicación reduccionista intenta derivar las propiedades de los conjuntos de las propiedades intrínsecas de las partes, que existen en forma independiente y con anterioridad a su integración en estructuras complejas. Es característico del reduccionismo asignar pesos relativos a distintas causas parciales e intentar evaluar la importancia de cada causa manteniendo constantes todas las demás mientras hace variar un solo factor. Las explicaciones dialécticas, por el contrario, no separan las propiedades de las partes aisladas de las asociaciones que tienen cuando forman conjuntos, sino que consideran que las propiedades de las partes surgen de estas asociaciones. Es decir, de acuerdo con la visión dialéctica, las propiedades de las partes y de los conjuntos se codeterminan mutuamente. Las propiedades

ducción castellana: *La fabricación de la locura: Estudio comparativo de la Inquisición y el movimiento en defensa de la salud mental*, Kairos, Barcelona, 1981); D. Ingleby, *Critical Psychiatry: The Politics of Mental Health*, Penguin, Harmondsworth, Middlesex, Inglaterra, 1981 (hay traducción castellana: *Psiquiatría crítica*, Crítica, Barcelona, 1982); M. Foucault, *Madness and Civilization*, Tavistock, Londres, 1971 (hay traducción castellana: *Historia de la locura en la época clásica* —obra completa—, Fondo de Cultura Económica de España, Madrid, 1979); y seguidores suyos como J. Donzelot, *The Policing of Families: Welfare versus the State*, Hutchinson, Londres, 1979 (hay traducción castellana: *La policía de las familias*, Pre-Texos, Valencia, 1979).

de los seres humanos individuales no se dan aisladamente, sino que surgen como consecuencia de la vida social, aunque la naturaleza de esa vida social sea a su vez consecuencia del hecho de que somos seres humanos y no, por ejemplo, plantas. De esto se deduce, por tanto, que la teoría dialéctica contrasta con los modos de explicación culturales o dualistas que dividen el mundo en diferentes clases de fenómenos —cultura y biología, mente y cuerpo— que deben ser explicados de muy diferentes y no superpuestas maneras.

Las explicaciones dialécticas intentan dar una interpretación coherente y unitaria, pero no reduccionista, del universo material. Para los dialécticos, el universo es unitario pero está sometido a continuo cambio; los fenómenos que podemos ver a cada momento son partes de procesos, procesos con historia y un futuro cuyos caminos no están sólo determinados por sus unidades constituyentes. Los conjuntos se componen de unidades cuyas propiedades pueden ser descritas, pero la interacción de estas unidades en la construcción de los conjuntos genera complejidades que dan lugar a productos cualitativamente diferentes de las partes que los componen. Piénsese, por ejemplo, en la cocción de un pastel: el sabor del producto es el resultado de una compleja interacción de componentes —como mantequilla, azúcar y harina— expuestos a elevadas temperaturas durante tiempos determinados; no es disociable en un tanto por ciento de harina, otro tanto de mantequilla, etc., aunque cada uno de los componentes (y su evolución a lo largo de un tiempo determinado a una elevada temperatura) contribuye a elaborar el producto final. En un mundo en el que permanentemente ocurren unas interacciones tan complejas en el desarrollo, la historia adquiere una importancia primordial. Dónde está y cómo es ahora un organismo no depende únicamente de su composición en este momento, sino también de un pasado que impone contingencias a la interacción presente y futura de sus componentes.

Tal visión del mundo elimina la antítesis entre el reduccionismo y el dualismo, entre la naturaleza y la crianza o entre la herencia genética y el medio ambiente; supera la visión de un mundo en éxtasis cuyos componentes interaccionan de mo-

dos fijos y limitados, en el que ciertamente el cambio sólo es posible siguiendo trayectos previamente definidos y trazados. En los capítulos siguientes, la explicación de esta postura aparecerá en el curso del desarrollo de nuestra oposición al determinismo biológico —en nuestro análisis, por ejemplo, de las relaciones entre genotipo y fenotipo (en el capítulo 5) y de la mente y el cerebro.

Permitásemos tomar aquí sólo un ejemplo, el de las relaciones del organismo con su medio ambiente. El determinismo biológico considera que los organismos, humanos o no humanos, se han adaptado a su ambiente por procesos evolutivos, es decir, que han sido preparados por los procesos de reconstrucción genética, mutación y selección natural para maximizar su éxito reproductivo en el medio ambiente en que han nacido y en el que se desarrollan. Más aún, considera la indudable plasticidad de los organismos —especialmente los humanos— durante su desarrollo como una serie de modificaciones impuestas a un objeto esencialmente pasivo por los golpes del «medio ambiente» al que está expuesto y al que debe adaptarse o morir. A esto contraponemos una visión, no del organismo y del medio ambiente aislados uno del otro o afectados unidireccionalmente, sino de una constante y activa compenetración del organismo con su medio ambiente. Los organismos no sólo reciben simplemente un medio ambiente dado, sino que buscan activamente alternativas o modifican las condiciones que encuentran.

Póngase una gota de una solución de azúcar en un plato que contenga bacterias y éstas se dirigirán activamente hacia el azúcar hasta alcanzar el lugar de concentración óptima, sustituyendo así un medio bajo en azúcar por uno de mayor concentración. Entonces las bacterias actuarán activamente sobre las moléculas de azúcar, mutándolas en otros constituyentes, algunos de los cuales serán absorbidos por ellas en tanto que otros serán liberados al medio ambiente, modificándolo de este modo, a menudo de forma tal que, por ejemplo, se vuelve más ácido. Cuando esto ocurre, las bacterias se trasladan de esa región altamente ácida a otras de menor acidez. Vemos aquí, en miniatura, el caso de un organismo que

«elige» un medio ambiente preferido, trabaja activamente en él, lo modifica y después «elige» otra alternativa.

O considérese a un pájaro haciendo su nido. La paja no es parte del medio ambiente del pájaro a no ser que la busque activamente para construir su nido; al hacerlo, modifica su medio ambiente y también, ciertamente, el de otros organismos. El propio «medio ambiente» es modificado constantemente por la actividad de todos los organismos que lo integran. Y, para cualquier organismo, todos los demás forman parte de su «medio ambiente» —depredadores, animales de rapiña y aquellos que simplemente modifican el paisaje en el que habitan.¹⁴

La interacción entre el organismo y el medio ambiente está entonces, incluso para los no humanos, lejos de los modelos simplistas ofrecidos por el determinismo biológico. Y esto es especialmente cierto en el caso de nuestra propia especie. Todos los organismos legan, al morir, un medio ambiente ligeramente modificado a sus sucesores; los humanos, más que ningún otro, afectan constante y profundamente su medio ambiente, de tal modo que a cada generación se le presenta un conjunto bastante novedoso de problemas que debe explicar y de decisiones que debe tomar; nosotros hacemos nuestra propia historia, aunque bajo circunstancias que no han sido elegidas por nosotros mismos.

Precisamente a causa de esto el concepto de «naturaleza humana» presenta dificultades tan intrincadas. Para los deterministas biológicos, el viejo credo «No puedes cambiar la naturaleza humana» es el alfa y omega de la explicación de la condición humana. No pretendemos negar que *hay* una «naturaleza humana», estructurada simultáneamente biológicamente y socialmente, aunque consideramos que éste es un concepto extraordinariamente equívoco. En nuestra exposición

14. Es interesante que incluso un determinista biológico arquetípico como Dawkins tiene que encarar con seriedad, antes o después, el medio ambiente. Su libro *The Extended Phenotype*, Freeman, Londres, 1981, es una larga lucha por reducir incluso el medio ambiente de un organismo a un producto de sus «genes egoístas».

sobre la sociobiología, en el capítulo 9, analizamos la mejor lista de «universales» humanos que los protagonistas de la sociobiología han sido capaces de elaborar.

Por supuesto, *hay* universales humanos que no son en absoluto triviales: los humanos son bípedos, tienen manos que parecen únicas entre los animales por su capacidad de manipulación y construcción sensitiva de objetos, tienen capacidad de habla. El hecho de que los adultos humanos tengan casi todos entre uno y dos metros de altura tiene un efecto profundo en su manera de percibir y de interactuar con su medio ambiente. Si los humanos tuvieran el tamaño de las hormigas, tendríamos una red de relaciones enteramente diferente con los objetos que constituyen nuestro mundo. Similarmente, si tuviéramos ojos sensibles, como los de algunos insectos, a las longitudes de onda ultravioletas, o si, como algunos peces, tuviéramos órganos capaces de percibir campos eléctricos, la esfera de nuestras interacciones entre nosotros y con otros organismos sería, sin duda, muy distinta. Si tuviéramos alas, como los pájaros, construiríamos un mundo muy diferente.

En este sentido, los medios ambientales que buscan los organismos humanos y aquellos que crean están en consonancia con su naturaleza. Pero ¿qué significa esto exactamente? Los cromosomas humanos pueden no contener los genes que, durante el desarrollo del fenotipo, están asociados a la visión ultravioleta, a la percepción de campos eléctricos o a las alas. En verdad, en este último caso hay razones estructurales, bastante independientes de las genéticas, por las que los organismos que tienen el peso aproximado de los humanos no pueden desarrollar alas suficientemente grandes o fuertes como para permitirles volar. Y, en efecto, durante una considerable proporción de la historia humana ser capaz de hacer cualquiera de estas cosas ha sido contrario a la naturaleza humana. Sin embargo, es evidente para todos nosotros que en nuestra sociedad actual podemos hacerlas todas: ver las longitudes de onda ultravioletas, detectar campos eléctricos o volar por la fuerza de las máquinas, el viento o incluso los pedales. Obviamente, está «en» la naturaleza humana modificar de tal manera nuestro medio ambiente que todas estas ac-

tividades queden perfectamente a nuestro alcance (y, por lo tanto, dentro del campo de nuestro genotipo).

Incluso donde los actos que llevamos a cabo en nuestro medio ambiente parecen ser biológicamente equivalentes, no son necesariamente equivalentes socialmente. El hambre es el hambre (el antropólogo Lévi-Strauss ha concluido esto a partir de una compleja tipología estructural humana); sin embargo, el hambre satisfecha comiendo carne cruda con las manos y los dedos es bastante diferente a la satisfecha comiendo carne guisada con tenedor y cuchillo. Todos los humanos nacen, la mayoría procrea, todos mueren, pero los significados sociales atribuidos a cualquiera de estos actos varían profundamente de una cultura a otra y de un contexto a otro dentro de una misma cultura.

Este es el motivo por el que la única cosa sensata que se puede decir sobre la naturaleza humana es que está «en» esa misma naturaleza la capacidad de construir su propia historia. La consecuencia de la construcción de esa historia es que los límites de la naturaleza de la naturaleza humana de una generación se vuelven irrelevantes para la siguiente. Tómese el concepto de inteligencia. Para una generación anterior, la capacidad de resolver multiplicaciones o divisiones largas y complejas fue laboriosamente adquirida por aquellos niños lo suficientemente afortunados como para ir a la escuela. Muchos nunca la adquirieron; crecieron careciendo, por algún motivo, de la habilidad para resolver dichas operaciones. Hoy en día, con sólo un mínimo entrenamiento, tal capacidad de cálculo y muchas otras más están al alcance de cualquier niño de cinco años que pueda pulsar las teclas de una calculadora. Los productos de la inteligencia y la creatividad de una generación humana han sido puestos a disposición de una generación posterior y se han ampliado, por consiguiente, los horizontes de las realizaciones humanas. La inteligencia del colegial de hoy es, en cualquier acepción razonable del vocablo, bastante diferente y, en numerosos aspectos, mucho mayor que la de uno de la época victoriana, que la de un señor feudal o que la de un propietario de esclavos en la época griega. Su medida es históricamente contingente.

Debido a que está en la naturaleza humana construir nuestra propia historia y debido a que esta construcción está hecha tanto de ideas y palabras como de artefactos, la defensa de las ideas deterministas biológicas y el argumento contra ellas son, en sí mismos, parte de esa historia. Alfred Binet, el introductor de las mediciones del CI, protestó una vez contra «el brutal pesimismo» que considera la puntuación del CI de un niño como una medida fija de su habilidad, viendo con razón que considerar al niño de esta manera contribuía a asegurar que él o ella permaneciera así. Las ideas del determinismo biológico son parte del intento de preservar las desigualdades de nuestra sociedad y de modelar la naturaleza humana a su imagen y semejanza. La exposición de las falsedades y del contenido político de esas ideas es parte de la lucha para eliminar esas desigualdades y transformar nuestra sociedad. En esa lucha transformamos nuestra propia naturaleza.

Antes de intentar planificar la sociedad debemos, pues, aguardar a tener el más preciso conocimiento sobre el genotípo humano. Además, la consecución de «un código ético genéticamente preciso y, por lo tanto [sic], completamente justo» también debe esperar.¹⁸

¿REDUCCIONISMO CULTURAL?

Los críticos de la postura determinista biológica son a menudo cuestionados en relación a las alternativas que proponen. Aunque debemos recalcar que no es imprescindible plantear tales alternativas para exponer las falacias de un argumento, nos gustaría de todos modos aceptar aquí ese desafío. Pero antes deberíamos dejar claro el marco en que lo aceptamos. Cuando los deterministas biológicos hablan sobre sus críticos, tienden a etiquetarlos como «ambientalistas radicales», es decir, que se oponen al determinismo biológico afirmando que es posible separar por completo de la biología la comprensión de la condición humana y de las diferencias humanas. Hay ciertamente escuelas de pensamiento que han defendido esta postura. Nosotros no nos encontramos entre ellas. Debemos insistir en que una comprensión plena de la condición humana exige una integración de lo biológico y de lo social en la que ninguno obtenga primacía o prioridad ontológica sobre el otro, sino en la que se les considere esferas relacionadas de modo dialéctico, un modo que distinga epistemológicamente entre niveles de explicación referidos al individuo y niveles relativos a lo social, sin que se aplasten mutuamente o se niegue la existencia de alguno de ellos. Sin embargo, debemos considerar brevemente algunos de los principales modelos de pensamiento reduccionista cultural y las falacias que los sustentan. Pueden separarse en dos grupos. El primero concede primacía ontológica a lo social sobre lo individual y es, por tanto, la antítesis total del determinismo biológico. El segundo, aunque rehabilita la oposición entre lo

18. *Ibid.*

individual y lo social, lo hace como si el individuo no tuviera biología en absoluto.

El primer tipo de reduccionismo cultural es ejemplificado por ciertas tendencias que se dan en el marxismo «vulgar», en el relativismo sociológico y en la teoría de la antipsiquiatría y de la desviación. El marxismo vulgar es una forma de reduccionismo económico que postula que todas las formas de conciencia, conocimiento y expresión cultural humanas están determinados por el modo de producción económica y por las relaciones sociales que engendra. El conocimiento del mundo natural no es entonces más que una ideología que expresa la posición social de un individuo en relación a los medios de producción y que cambia a medida que se modifica el orden económico. Los individuos están esencialmente determinados por sus circunstancias sociales incluso en los aspectos más triviales: las férreas leyes de la historia económica determinan una «naturaleza humana» infinitamente plástica desde el punto de vista histórico y producen de forma mecánica las acciones humanas. La enfermedad, el sufrimiento, la depresión y el dolor de la vida cotidiana no son más que la consecuencia inevitable de un orden social capitalista y patriarcal. La única «ciencia» es la economía. Este tipo de reduccionismo, que desestima a la conciencia humana como a un simple epifenómeno de la economía, es —desde luego de un modo extraño— un parente cercano del darwinismo social: sus expresiones están en la línea de los escritos sociales y políticos que van desde Kautsky hasta algunos teóricos trotskistas contemporáneos (Ernest Mandel,¹⁹ por ejemplo) de izquierda.

19. Por ejemplo, el análisis de la ciencia que hace E. Mandel en *Late Capitalism*, Verso, New Left Books, Londres, 1978; o, para la postura soviética ortodoxa, M. Millionschikov en *The Scientific and Technological Revolution: Social Effects and Prospects*, Progress Publishers, Moscú, 1972. Esta postura determinista queda reflejada de un modo curioso en los escritos de algunos de los movimientos científicos radicales más libertarios de los años setenta. Véase, por ejemplo, R. M. Young, «Science is Social Relations», *Radical Science Journal*, 9 (1977), pp. 61-131; también, de The RSJ Collective, «Science, Technology, Medicine and the Socialist Movement», *Radical Science jour-*

En contra de esta reducción económica como principio explicativo subyacente a todo comportamiento humano, podríamos contraponer la concepción de filósofos marxistas como Georg Lukacs²⁰ y Agnes Heller,²¹ y la de teóricos y practicantes revolucionarios como Mao Tse-tung,²² sobre el poder de la conciencia humana tanto para interpretar como para cambiar el mundo, un poder basado en la comprensión de la unidad dialéctica esencial de lo biológico y lo social, considerados no como dos esferas diferentes, o como componentes de acción separables, sino como ontológicamente coexistentes.

La manifestación burguesa del reduccionismo económico adopta la forma de un pluralismo cultural que sostiene que todas las formas de acción o creencia humanas están determinadas por el «interés». La «realidad» del mundo natural está subordinada a las creencias en torno al mismo, y no hay forma de juzgar y discernir entre las apelaciones a la verdad hechas por un grupo de científicos y las hechas por otro. Lo que Wilson, Dawkins o Trivers escriben sobre sociobiología refleja sus intereses por mejorar su propia posición social. Lo que nosotros escribimos refleja los nuestros. Tanto ellos como nosotros podemos ser objeto de una investigación antropológica por parte de los sociólogos del conocimiento, cuya postura en relación con la «verdad» parece extrañamente invulnerable, aunque no está claro dónde encuentran ellos la piedra para sostenerse en estas arenas movedizas del «inte-

nal, 11 (1981), pp. 1-70. Para la crítica de H. Rose y S. Rose, «Radical Science and Its Enemies», *Socialist Register*, ed. R. Miliband y J. Saville, Merlin, Londres, 1979, pp. 317-334.

20. G. Lukacs, *History and Class Consciousness*, Merlin Press, Londres, 1971 (hay traducción castellana: *Historia y conciencia de clase y estética*, Magisterio Español, Madrid, 1975).

21. A. Heller, *The Theory of Need in Marx*, Allison & Busby, Londres, 1977 (hay traducción castellana: *Teoría de las necesidades en Marx*, Edicions 62, Barcelona, 1978).

22. Mao Tse-tung, «On Practice», *Selected Works*, Foreign Language Press, Pekín, 1962, p. 375 (hay traducción castellana: *Obras escogidas*, Fundamentos, Madrid, 1978, 5 vols.).

rés». La formulación más explícita de este argumento de la «ciencia entendida como relaciones sociales» puede encontrarse, por ejemplo, en los escritos de los historiadores, sociólogos y filósofos de la ciencia de la escuela de Edimburgo: Barnes, Bloor y Shapin.²³

Cómo funciona en la práctica este tipo de postura teórica puede comprobarse en el intenso desarrollo de una teoría sociológica de la desviación social y de la antipsiquiatría durante las dos últimas décadas. Para estos reduccionistas culturales, el comportamiento individual no existe sino como consecuencia de la clasificación social. Mientras que el determinista biológico considera que el comportamiento revoltoso de un niño en la escuela es impuesto por sus genes, que la violencia en los guetos es causada por moléculas anormales localizadas en los cerebros de los «cabecillas» o que la dominación masculina en la sociedad es parte de los mecanismos evolucionistas de supervivencia, la teoría de la desviación elimina todos estos fenómenos calificándolos como simples clasificaciones. Se clasifica a un niño como «estúpido» y a un esquizofrénico como «loco» porque la sociedad necesita crear cabezas de turco.²⁴ La solución consiste simplemente en reclasificar al niño o al esquizofrénico; entonces aparecerá en ellos la dulzura y la luz. Tanto *Pygmalion in the Classroom*,²⁵ el famoso relato sobre la reclasificación del niño en el que las puntuaciones del CI de los niños se incrementaban diciendo a los profesores que aquéllos eran de «desarrollo tardío», como la aproximación de Laing a la interpretación de la esquizofrenia surgen de tal punto de vista. Los individuos son otra vez infinitamente maleables, definidos simplemente como productos de las expectativas de su sociedad y no tienen existencia independiente. Su propio estatus ontológico y su propia naturaleza biológica se han desva-

23. Por ejemplo, B. Barnes y S. Shapin, *Natural Order*, Sage, Londres, 1979.

24. Para una crítica de esta postura, véase P. Sedgwick, *Psychopolitics*, Pluto, Londres, 1982.

25. R. Rosenthal y L. Jacobson, *Pygmalion in the Classroom*, Holt, Rinehart & Winston, Nueva York, 1968 (hay traducción castellana: *Pygmalion en la escuela*, Marova, Madrid, 1980).

necido. Sin desechar en absoluto negar la importancia de la clasificación como factor que contribuye a la formación de las interacciones sociales y de las definiciones de sí mismos de los individuos, insistiríamos nuevamente en que la actuación de un niño en la clase no es únicamente el resultado de lo que piensan sus profesores; la desesperación existencial y el comportamiento irracional de una persona esquizofrénica no son sólo consecuencia de su clasificación como loco por su familia o por sus médicos.

El segundo tipo de reduccionismo cultural al que queremos referirnos es uno en el que las explicaciones del comportamiento todavía se buscan en el individuo, pero un individuo considerado no obstante biológicamente vacío, una especie de *tabula rasa* cultural en la que la experiencia temprana puede imprimir lo que deseé y sobre la que la biología no tiene ninguna influencia. Los desarrollos posteriores de tal individuo son considerados, por lo tanto, como ampliamente determinados por esas experiencias tempranas. Como el determinismo biológico, esta clase de reducciónismo termina por culpabilizar a la víctima, pero ahora las víctimas son producidas por la cultura más que por la biología.

Una parte de esta aproximación se centra en la psicología individual, y otra en la antropología y la sociología culturales. En psicología, esta aproximación descansa en la psicométría, un procedimiento basado fundamentalmente en la medición de las respuestas de la gente a cuestionarios y de su rendimiento en el desempeño de tareas simples y en una impresionante colección de elaborados procedimientos estadísticos. La propia actividad humana es reducida a fragmentos individuales reificados y objetivados en la caja negra de la cabeza. Con Spearman, Burt y Eysenck, el argumento afirma que la inteligencia, por ejemplo, es un fragmento unitario; para Guilford, puede descomponerse en ciento veinte factores diferentes. Los procedimientos son análogos en ambos casos. La elusiva dinámica de las acciones, propósitos, intenciones e interrelaciones humanas se concentra en múltiples correlaciones de elegancia matemática y vacuidad biológica. La medición de esta caja negra es teorizada por el conductismo, una escuela que

dominó la psicología norteamericana de 1930 a 1960, como un sistema en el que determinados estímulos están vinculados a determinadas respuestas y que puede modificar su comportamiento de forma adaptativa, esto es, aprender en respuesta a contingencias de reforzamiento, de recompensa y castigo. El aparente ambientalismo extremo de esta escuela, que se desarrolló en torno a Watson y, más tarde, a B. F. Skinner, sirve simplemente para ocultar su empobrecido concepto de la humanidad y su manipuladora aproximación al control de los individuos humanos, evidenciados por el interés de Skinner en el control y la manipulación del comportamiento, de niños o prisioneros, por parte de un cuadro superior de semidioses más allá de los valores y vestidos con batas blancas que son quienes tomarán la decisión sobre cuál es el comportamiento correcto al que obligarán a someterse a sus víctimas.²⁶ La novela y la película *A Clockwork Orange* (*La naranja mecánica*) describen una posible consecuencia de este modo de pensar y de tratar a los seres humanos. La realidad, testimoniada en numerosas instituciones correccionales en todo Estados Unidos, en las célebres unidades de Control del Comportamiento de las prisiones británicas, en instituciones dedicadas a los «educacionalmente subnormales» y en la manera de pensar de muchos profesores de escuela entrenados en una versión de esta teoría, puede aproximarse sin embargo a tal ficción.

En la sociología y la antropología culturales, el reduccionismo cultural está inserto en teorías que postulan que las subculturas étnicas y de clases se propagan a través de las generaciones por medio de conexiones puramente culturales que proporcionan diferentes modelos de éxito y de fracaso a sus miembros. La «cultura de la pobreza» es un ejemplo. Los pobres se caracterizan por su exigencia de gratificaciones inmediatas, por la planificación a corto plazo, por la violencia y por sus inestables estructuras familiares. Debido a que en la

26. B. F. Skinner, *Beyond Freedom and Dignity*, Cape, Londres, 1972 (hay traducción castellana: *Más allá de la libertad y la dignidad*, Fontanella, Barcelona, 1972).

sociedad burguesa son desadaptativas, estas características condenan a los pobres a la permanente pobreza; y los hijos de los pobres, al estar tan aculturados, no pueden escapar al ciclo. Esta teoría del ciclo de la privación ha sido explícitamente expuesta por sir Keith Joseph, uno de los ideólogos clave del gobierno de Thatcher en Gran Bretaña.²⁷ Sus preocupaciones eugenésicas le han conducido a utilizar el argumento cultural —y no uno genético— para apoyar la recomendación política de facilitar a los pobres la disponibilidad de contraceptivos. (A una conclusión similar llegó en los años treinta, desde un punto de vista más específicamente genético, el arquitecto del Estado benefactor británico, lord Beveridge, quien afirmó que si la pobreza se transmitía por los genes, la esterilización de los trabajadores en paro ayudaría a eliminarla.)

Ampliando su campo de aplicación de los «culturalmente pobres» a quienes han ascendido posiciones exitosamente, los deterministas explican la desproporcionada representación que tienen en Estados Unidos los judíos entre los profesionales, y especialmente entre los académicos, acudiendo a una tradición cultural que hace énfasis en la erudición, así como a la necesidad de un substrato de pericia ocupacional como protección contra las consecuencias económicas del antisemitismo. A la reciente aparición de un elevado número de gente de ascendencia japonesa y china entre los profesionales se le da una explicación similar.

A causa de su incapacidad para postular principios físicos como base mecánica de la herencia cultural, los reduccionistas culturales son considerados representantes de una ciencia «blanda» o incluso de una especulación humanística, y su legitimidad es atacada por los deterministas biológicos «duros» (quienes a su vez están, naturalmente, en el extremo «blando» de la escala de la textura científica natural). Pero este tipo de

27. El fracaso del Britan's Social Science Research Council para poner en funcionamiento una investigación que pudiera «demostrar» que la teoría de sir Keith es correcta es generalmente considerado como una de las razones de sus intentos de abolir el consejo durante su mandato como ministro de Educación del gobierno Thatcher.

reducciónismo cultural padece de otra —y más perjudicial— debilidad en su calidad de apuntalamiento para la acción política. Si las desigualdades sociales heredadas son el resultado de diferencias biológicas ineludibles, entonces la eliminación de la desigualdad exige que modifiquemos los genes de la gente. Por otra parte, semejante reducciónismo cultural liberal, basado en el individuo, sólo exige que cambiemos su forma de pensar o el modo en que los otros piensan sobre ellos. Por esto, donde otros buscarían un cambio en la estructura política, este reducciónismo cultural liberal basado en el individuo pone a menudo su fe en la educación general y uniforme.

Desafortunadamente para esta creencia, sin embargo, la inmensa equiparación de la educación que ha tenido lugar en los últimos ochenta años no ha venido acompañada por una gran igualización de la sociedad. En 1900, sólo un 6,3 por 100 de la población estadounidense de 17 años de edad se había graduado en la escuela superior, mientras que actualmente está en torno a un 75 por 100, aunque se mantiene la distribución desigual de la riqueza y del poder social.²⁸ En efecto, el reducciónismo cultural es objeto de ataque directo debido al aparente fracaso general de la educación pública en la destrucción de la estructura de clases. La motivación del artículo de Arthur Jensen sobre el CI publicado en 1969 en la *Harvard Educational Review*, que señaló el renovado ímpetu del determinismo biológico, se exponía ya en la primera frase: «La educación compensadora ha sido ensayada y ha fracasado». Independientemente de que la educación compensadora haya sido realmente ensayada o no, y de que haya o no haya fracasado, parece verosímil que aunque todas las personas del mundo occidental pudieran leer y entender la *Critica de la razón pura* de Kant, las masas de desempleados no disminuirían ipso facto —aunque serían más cultas.

28. En una ocasión se celebró un seminario, dirigido por un conocido sociólogo francés, con el notable título de «¿Por qué es una Francia mejor educada tan desigual como siempre?». Éste es, en efecto, un problema para los deterministas culturales, no para los deterministas biológicos, quienes podrían esgrimirlo como una evidencia de sus posturas.

Este reduccionismo cultural de índole individual comparte con el determinismo biológico el supuesto de que la proporción de personas que desempeñan determinados roles y que tienen un estatus dado en la sociedad está determinada por la disponibilidad de talentos y habilidades. Es decir, la demanda de médicos, por ejemplo, es infinita, y sólo la escasez de talento disponible para desempeñar este rol limita el número de médicos. De hecho, lo contrario parece ser verdad: el número de personas que ocupan un empleo específico está determinado por relaciones estructurales casi independientes del «suministro» potencial. Si sólo los banqueros tuvieran hijos, no variaría el número de banqueros, aunque el determinismo biológico y el reduccionismo cultural predicen lo contrario.

Hemos afirmado que el desarrollo de la sociedad burguesa ha generado una seria contradicción y un medio de enfrentarse a ella. La contradicción es entre la ideología de la libertad y la igualdad y la dinámica social real que genera impotencia y desigualdad. El medio para enfrentarse a esa contradicción es una ciencia natural reduccionista que desarrolla modelos simples de causación social o biológica que procuran explicaciones fundamentalmente imperfectas de la realidad social.

La contradicción aparece en diversos contextos: en las desigualdades entre las clases sociales, las razas y los sexos, y en la aparición de desviaciones sociales. En cada caso se ha construido una variante de la teoría determinista biológica reducciónista para tratar en detalle la cuestión particular. Una vez establecido el método de explicación —«hay un gen para ello»—, el programa de investigación y la teoría se extienden a todo el campo de los fenómenos individuales y sociales, desde el autismo a la «sociedad de suma-cero». A continuación examinaremos detalladamente esas formas de contradicción y los medios usuales y políticamente vitales utilizados para resolverla. Este examen pretende no sólo revelar los errores específicos de los casos en cuestión, sino también presentar un modelo para desmitificar los inevitables usos futuros que se darán a los argumentos deterministas biológicos.